

### DONDE MENOS SE PIENSA, SALTA LA LIEBRE.

En un diario de esta capital, bien acreditado porque cuenta con redactores ilustrados, suelen publicarse artículos económicos que algunas veces leo con satisfacción por las brillantes ideas que contienen; por esto es que al ver en uno de los últimos números este rubro: "La cuestión de la plata," comencé á leer con avidez el artículo correspondiente, esperando hallar en él algunas ideas luminosas; pero ¡qué cierto es que *donde menos se piensa, salta la liebre!*; pues entre algunas cosas buenas me encontré con los siguientes párrafos, que copio como resumen de las ideas del autor con respecto á México en la cuestión de la plata.

"Un país agrícola é industrial como el país vecino, cuya riqueza minera es parte mínima de su riqueza total, cuyas importaciones se saldan en trigo, y que ha podido desenvolverse tan prodigiosamente con la plata á la par, no tiene motivo alguno para temer la alza de la plata."

"No sucede lo mismo entre nosotros. Si hemos de ser sinceros, creemos que el bien del país está en la depreciación."

"De ella podemos esperar dos grandes resultados: el des-  
envolvimiento de nuestra riqueza agrícola y la extinción gradual de nuestro desenfrenado proteccionismo."

"Para nosotros, habituados á saldar nuestras importaciones en plata, la depreciación produce un doble estímulo; el de la necesidad de pagar con mercancías más estimadas en el ex-

tranjero y el de la seducción de obtener, con la prima del oro, pingües ganancias que la minería no puede ya ofrecer."

"Una nueva alza de la plata podría suspender la actividad, hoy convertida á la agricultura y el ejemplo de la California, pobre y anárquica mientras buscó el oro, rica y pacífica desde que siembra trigo, nos hace desear para México que llegue cuanto antes la era del café, del tabaco y del henequén y se reduzca el laboreo de minas á un *mínimum* razonable."

¿De veras que es cosa fuerte leer tales conceptos y pensar que proceden de un escritor mexicano!

Considero estas ideas tan peligrosas para la prosperidad nacional, que no he vacilado en tomar la pluma para combatir las, á pesar del respeto que profeso á las opiniones individuales, aun cuando sean las más extrañas.

Es verdad que la República Americana no es un país esencialmente minero como el nuestro, esto lo he dicho muchas veces; pero no es cierto que su riqueza minera sea tan mínima como se supone; pues los productos mineros de la nación vecina forman la mayor parte de su exportación, tomando en cuenta no sólo el oro y la plata sino toda la producción minera, incluso el mercurio, el cobre, el fierro, la sal, el carbón y el petróleo.

Claro está que teniendo minas argentíferas los Estados Unidos, *no tienen motivo alguno para temer la alza de la plata.* ¡Qué han de temer!, por el contrario, la desean ardientemente, lo mismo que nosotros, porque les tiene mucha cuenta.

¿Qué no sucede lo mismo entre nosotros? ¡Que se lo pregunten al Gobierno y después al Comercio!; entidades completamente imparciales y por ende idóneas para juzgar de estas cuestiones económicas.

Como cada cual tiene su gusto, puede disfrutar libremente del suyo el escritor á quien me refiero, creyendo que *el bien del país está en la depreciación de la plata, porque se desenvolverá la riqueza agrícola y se extinguirá nuestro desenfrenado proteccionismo*; sólo que me parece que debe ser muy precaria esa pros-

peridad de la agricultura que tiene por base la ruina de la minería. ¡Valiente prosperidad debe ser esa que exige un sacrificio tan costoso! Supongo que lo del proteccionismo desenfrenado no se refiere á la minería, porque es sabido que lejos de ser protegida por el Gobierno, es la industria que paga más fuertes impuestos, aun en las presentes críticas circunstancias.

Se dice que la agricultura se desenvolverá con la baja de la plata, tanto por el atractivo de la prima del oro, cuanto porque producirá pingües ganancias que la minería no puede ya ofrecer.

¡Conque la minería no ofrece ya ganancias! ¿Desde cuándo estará sucediendo esto? Entonces, ¿son apócrifos esos anuncios que diariamente publican los periódicos sobre los dividendos que pagan las minas? Francamente, yo no me explico estos conceptos del autor, me parece que aquí hay algún error, porque todo el mundo puede ver cómo pagan los Bancos esas utilidades en dinero contante. Pero algunos economistas se manifiestan injustos con la industria minera; pues mientras por un lado confiesan que á ella debe la agricultura sus progresos actuales por la depreciación de la plata, por el otro pretenden aniquilarla reduciendo los trabajos mineros á su más mínima expresión. Puede decirse que ni siquiera conocen los intereses que defienden, porque no consideran que mientras más se reduzcan los trabajos mineros, menos beneficios recogerán los agricultores por la prima del oro; y si por desgracia se abandonaran las minas ¿qué ganaría entonces la agricultura? Ya hemos visto cómo han puesto el grito en el cielo los agricultores y ganaderos de Colorado con motivo de las pérdidas que están sufriendo con la paralización de las minas, y es prueba de buen sentido escarmentar en cabeza ajena.

¿Conque la California fué pobre y anárquica mientras buscó oro, y rica y pacífica desde que siembra trigo? ¿Qué curioso es todo esto!: sólo que me parece que no es exacto, porque

la California sigue buscando oro, y lo que es mejor aún, sacándolo en cantidades considerables; supuesto que la mayor parte de los treinta millones de pesos anuales que de este metal precioso producen los Estados Unidos procede de los criaderos y placeres californianos. También se produce en California el azogue, en las minas de Nuevo Almadén, por valor de dos millones de pesos; el cobre en las minas de Coppeópolis por más de quince millones y el fierro en cantidad inapreciable: ya se verá por lo que antecede que no es únicamente al trigo al que debe su prosperidad aquel Estado de la Unión Americana.

Dice también el economista á quien aludo que una nueva alza de la de la plata podría suspender la actividad hoy convertida á la agricultura. Valdría más que no hubiese dicho nada: ¡qué sustazo para los agricultores!; decirles ahora que están amenazados de un cataclismo, es no tener caridad; porque es muy posible y hasta probable que se verifique esa alza de la plata. Verdad es que también podría suceder lo contrario; pero tal percance no sería tan sensible para los mineros porque ya están acostumbrados á este tole, tole de los judíos, mientras que los agricultores son novicios en esta clase de juegos.

Me parece que los adversarios gratuitos de la minería están completamente equivocados en sus apreciaciones con respecto al alza de la plata: nada hay más seguro que si ella se realiza en breve plazo el país entero sentirá grandes, inmensos beneficios. Basta considerar que por cada diez por ciento que baje la prima del oro gana cinco millones de pesos la minería mexicana, para calcular sus beneficios; supuesto que produce más de cincuenta millones al año de metales y minerales.

El pueblo consumidor será grandemente favorecido, porque los efectos extranjeros que consume bajarán mucho de precio.

¿Y el Gobierno? Son incalculables los beneficios que reci-

biría con el aumento de las entradas fiscales y con el restablecimiento y prosperidad del crédito nacional.

La agricultura no tendría motivo de queja con el alza de la plata, porque los principales artículos de exportación, el henequén, el tabaco y el café, no necesitan prima alguna y han sido exportados con ventaja desde que la plata estaba á la par, lo que se necesita es ensanchar considerablemente su cultivo para reducir el costo de producción.

En este sentido debían trabajar todos los escritores mexicanos, porque es una tarea tan noble como patriótica procurar con particular empeño el desarrollo y prosperidad de todas las industrias nacionales, á fin de que este bello país sea grande, rico y feliz.

Estamos en una época de prueba, en la cual todo el mundo hace sus ensayos periodísticos en materia de economía política, de lo que resultan muchas curiosidades; más no es esto lo peor, sino que todos estos escritores noveles se van por el chorrillo enderezando sus lucubraciones contra la minería, como si no fuese ella la primera víctima de la depreciación de la plata. Digo esto porque hace poco que publicó un periódico de esta Capital un remitido de uno de sus suscriptores, en el que se daba al Gobierno el consejo *saludable* de que suspendiese la acuñación *libre* de la plata, para que la acuñase por su cuenta comprándola á cinco reales la onza. En otros términos: se pretendía establecer el monometalismo oro dando á los pesos de plata el valor de un escudito de la moneda amarilla y comprando el Gobierno la plata pasta al precio corriente en los Estados Unidos.

¿Se puede concebir disparate garrafal más estupendo?

Es muy posible que en ese proyecto haya intrínquilis, porque de otro modo no se explica tamaña valentía en su autor.

Por fortuna el Gobierno tiene garrones y sabe muy bien lo que hace; él se desvela estudiando concienzudamente las más arduas cuestiones públicas que de algún modo puedan afectar los intereses, el crédito ó la honra del país, á fin de

resolverlas con acierto, porque comprende que debe atenderse *al peligro con tiento, y al remedio, con tiempo.*

A esta plausible solicitud y á nuestro sistema monetario actual se debe que, en esta crisis monetaria universal que venimos atravesando, la República no haya sufrido los quebrantos que están sufriendo sus hermanas de América, inclusa la poderosa y rica de los Estados Unidos.

Es muy curioso que el autor del descabellado proyecto que vengo combatiendo no haya vuelto á sacar la cabeza, á pesar de la excitativa que le dirigió la prensa para que desarrollase su pensamiento. Ahora recuerdo que cuando lo publicó pedía que se le disculpase porque no conocía el castellano; y puede creerse que dijo la pura verdad, á juzgar por la muestra que dejó.

Para comprobar el proloquio vulgar que dice que *de médico, poeta y loco, todos tenemos un poco*, basta permanecer algún tiempo cerca de un enfermo para oír las recetas que le dan sus amigos y paniaguados; del mismo modo que los escritores noveles se desviven por dar consejos al Gobierno, cuando creen que el país está amenazado de alguna calamidad ó envuelto en ella; pero sucede que el enfermo no se aplica las recetas y el Gobierno hace lo que le parece, y así les va mucho mejor.